

MEMBRÍO: EL AGONIZAR DE LAS FUENTES CAMPESTRES (UN PASADO NO MUY LEJANO)



JORGE MANUEL ALFONSO JIMÉNEZ

Es sabido que la palabra fuente tiene muchas acepciones, como fuente de la vida, fuente del saber... pero nosotros nos vamos a quedar con la de manantial de agua que brota de la tierra, y cómo no, vamos a situarla en este rincón (espolón) fronterizo por excelencia, de Extremadura, la tierra que nos vio nacer: Membrío; pero sin ningún tinte de localismo, aunque sepamos que por él rezuma la Historia, grande o pequeña, pero al fin y al cabo, la Historia.

Sin olvidarnos, ni por un momento, de que, cuando niños, bebíamos en arroyos y riberas, incluso cerca de las pisadas de las caballerías o en las besanas. No había por entonces herbicidas o productos fitosanitarios, y sus ausencias daban lugar a que se acercasen a los arroyos aves como el martín pescador, la carraca o el abejaruco, por enumerar algunas, para llevarse a la boca alguna pardilla o renacuajo.

Los mantiales o fuentes siempre han despertado, al menos, nuestra curiosidad y han maravillado a los seres humanos con la interpretación de que algo fantástico estaba ocurriendo. En realidad, los manantiales se forman cuando un acuicludo (formación geológica poco permeable) detiene o impide la libre circulación del agua subterránea y la obliga a moverse lateralmente. Allí, posiblemente, surgirá un manantial. Es más que evidente que el flujo de la corriente de agua depende mucho de la naturaleza del terreno, y que influirá bastante en la manera en que se desarrolle la corriente y, por lo tanto, el caudal.

Si circula entre rocas o canchos, es obvio que el agua correrá con más rapidez que si el terreno fuese arenoso o arcilloso. Lo que es indudable es que el agua, en estas manifestaciones, forma parte del paisaje.

Ahora, con edad madura, tal vez por nostalgia o por afición, recorreremos nuestros campos e intentamos “leer” el pasado, no tan lejano como muchas veces nos parece. Después lo plasmamos en esa soberbia herramienta que es internet y, concretamente, en nuestro foro de los “Pueblos de España”, e intentando siempre mantenernos en la primera página, o en las primeras.

Vemos, con cierta y relativa nostalgia, el languidecer de las fuentes campestres, y cómo se van borrando aquellos signos denotativos de que nuestros campos estaban habitados y transitados. Manantiales que apagaban la sed al labrador, segador o pastor.... sin olvidarnos de aquel cazador, que tenía como cinto una cuerda y en el bolsillo de la chaqueta cuatro cartuchos para cuatro piezas.

Sus aguas servían para los quehaceres de las mujeres campesinas que vivían en el chozo, majada o caserío; era el barril el medio de transporte y siempre colgado al hombro, como en el caso de los pastores, hoy sustituido por la botella de plástico de agua mineral; cuando minerales hay siempre hay en el agua aunque con distinta composición.

Siempre ha sido tarea humana encontrar fuentes y venas de agua. En la antigüedad tenía ciertos tintes de brujería; después se dio paso a la técnica o ciencia (como ustedes lo quieran llamar, incluso actividad pseudocientífica) de la “radiestesia” o “radomancia”, que junto a sus instrumentos: péndulo, varilla y la propia invocación del zahorí, tenía su razón de ser. Pero lo más general, o común a tener en cuenta, era la evidente humedad que daba verdor a unas hierbas en contraste con la sequedad que las rodeaba, junto a la naturaleza y forma del terreno. Así de simple.

Después vendría la cromoterapia: el color de las aguas para saber su potabilidad. Solamente había que tener en cuenta el color “gris-negro”, por ser el más sospechoso. El color rojo y verdoso daba idea de agua ferruginosa o sulfídrica o sulfurosas: las de olor de “huevos podridos”. Parece ser que, aunque el agua tenga estas consabidas propiedades de incolora, inodora e insípida, es en el color violeta - ¡si hemos dicho que no tiene color!- en casi todas sus tonalidades, donde nos viene dada su potabilidad. Cuanto más clara y brillante, más pura potabilidad.

También algunas de aquellas fuentes (ahora parece que vuelven a resurgir en su estimación) eran medicinales. Cuando el gamón, planta de tallo hueco y seco, servía para encender el cigarrillo del abuelo o la lumbre, que junto a ella, no fallaba al tiempo de contarnos sus hazañas o aventuras. Y es que no ha habido nunca, ni por doquier, anciano, viejo, mayor o de la tercera edad, que haya sido un consumado cobarde.

Recordamos que por una Pascua Florida, Juan y Gregorio, que se habían criado en el campo, nos enseñaron muchas de ellas, y hasta a diferenciar el frite de la caldereta. Cuando empezaban con la retahíla de sus nombres o denominaciones, nos saltaba la alarma de que algo nos querían decir: fuentes El Suero, Los Perros, Olla, Candil, El Cura, La Azuela, El Gamo, El Sapo, etcétera. Algunas nos daban idea de su denominación, como por ejemplo “La Fuente del Cura”; pues sí, muchos curas hasta finales del siglo XIX, tenían la afición de la caza y algunos con asiduidad se acercarían a ella...

“Fuente del Gamó”, señal inequívoca que alguna vez, hace siglos, hubo gamos silvestres por nuestros campos; luego desapareció la especie, y ahora se está de nuevo repoblando con ellos.

El verano pasado, no sabemos qué extraño impulso, hizo a Manuel –un auténtico enamorado del campo- y Tasio, limpiar dichas fuentes de “motu proprio”, ni qué decir tiene que en propiedades privadas. Fue una auténtica gozada ver, nuevamente, transcurrir sus aguas estancadas e inmersas en el recuerdo. Antes era suficiente, para mantener el agua limpia, la labor que hacían los insectos llamados de diferentes maneras: aclaradores, enclaramadores, enclaraquas, decantadores e incluso zapateros acuáticos.

La verdad es que no todas han tenido la misma suerte. El caso de “La Fuente la Liebre”, que sirve de abastecimiento a un cortijo. Otras tan singulares, que pueden ser ambivalentes, lo mismo sirven como fuente o como pozo; depende por donde se saque el agua. Puede ser por el brocal o bajando “temerosas” escaleras. “Fuente de la Fontanina” y “Los Nacientes del Inglés”: Ambas delatan sus singulares nombres. La primera por su tamaño, que a la vez da nombre al millar del terreno donde se encuentra, y la segunda, la nacionalidad de aquel antiguo dueño de la dehesa.

En estos tiempos, como son cambiantes o cíclicos, se habla cada día más de “turismo de fuentes”. Formaríamos, con nuestro proceder, una red de fuentes recuperadas unidas a las ya existentes. Servirían de lugares de encuentro, y así ser una excusa más para disfrutar de nuestra Madre Naturaleza. Crearíamos, ¿por qué



Fuente del Candil



Fuente de la Liebre



Brocal y Fuente de la Fontanina



Brocal y Fuente Los Nacientes del Inglés

no?, sendas para poder así ver lo que nos regala esa Madre: desde las setas hasta los sinfónicos sonidos de los diversos animales silvestres. Confesaremos que a nosotros lo que nos atrae más es el amanecer del día, el piar de los pájaros y venlos ir de acá para allá, en busca de la comida diaria, y...del agua de las fuentes.



Fuente "El Sapo".

Jorge Manuel Alfonso Jiménez

